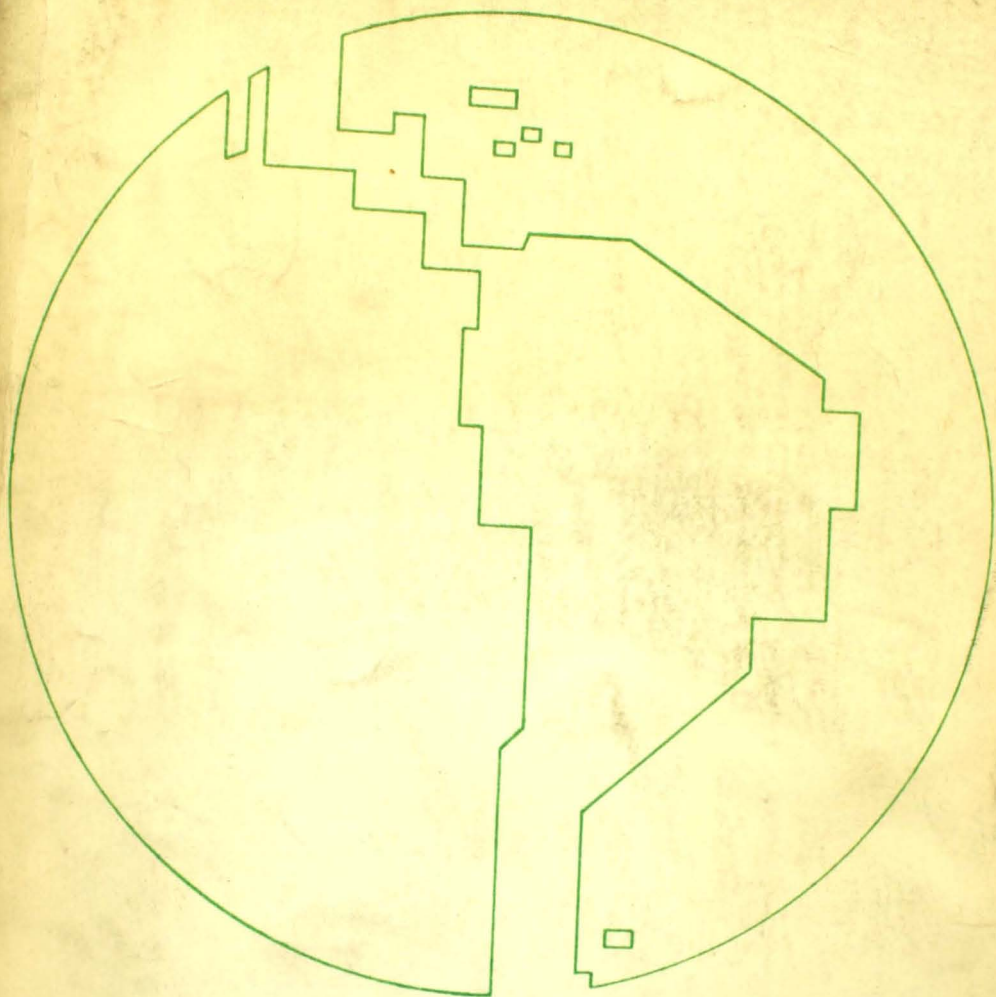




FEMINISTAS Y POLITICAS*

Julieta Kirkwood

FLACSO

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

MATERIAL DE DISCUSION
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 63, Agosto 1984

FEMINISTAS Y POLITICAS*

Julietta Kirkwood

* Ponencia presentada al 1er. Congreso Chileno de Sociología.
Agosto 1984.

Algunos temas abordados en esta ponencia son parte de un trabajo sobre mujer e identidad política, auspiciado por el Social Science Research Council, cuya publicación se prepara en FLACSO Programa Santiago.

Esta Serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

RESUMEN

Ensayo que se pregunta por la relación entre feministas y políticas, destacándose algunos aspectos de difícil abordaje debido fundamentalmente a las carencias en la elaboración conceptual sociológica y política adecuada al estudio de la condición de la mujer en la perspectiva de su particularidad marginal.

A partir de la propuesta que el hacer política desde las mujeres pasa por la revisión de las categorías de lo público y lo privado, se señala algunas necesidades temáticas que van desde el problema del cuestionamiento del Saber, el problema del Poder, y, la dificultad de conciliar el feminismo con una noción de la política que no amplía los márgenes rígidos del ámbito de lo Público.

-ix- 80 Fuera de reconocer algunas evidencias en el plano apariencial y de formular ciertas hipótesis tentativas, no es posible todavía tratar seriamente en su total magnitud la relación entre la mujer y lo político; razón por la que me permitiré un ensayo simple y personal sobre dos estilos del hacer y el actuar femenino que denotan "polos" atractivos en la relación señalada. Me refiero a las mujeres feministas y a las mujeres "políticas"^{1/}.

En la última década, es posible constatar la emergencia y la visibilidad creciente de una nueva presencia político-social en la oposición democrática de Chile: los "grupos de mujeres".

Con historias, tiempos, vigencias y membrecías variadas; con orígenes superestructurales o de base; características inter-clases, o intra-clases; pero siempre con formas que traen la gran novedad de estar constituidos y generados fundamentalmente por mujeres y/o para mujeres; cubren estas organizaciones las más amplias gamas de actividades y objetivos. Surgen grupos para la acción y la demanda - urbana o rural; grupos para la reflexión y el crecimiento personal; para el estudio de la condición de la mujer; para la solidaridad y/o el auto-apoyo; para la formación y acción política; para la acción de base: comités de cesantes, arpilleristas, bolsas, comedores, ollas comunes; para el apoyo en coyunturas nacionales, para la defensa permanente de los derechos humanos - la defensa y la denuncia de los familiares de los

presos políticos, de los desaparecidos políticos; de los exiliados, de los relegados; para el retorno; para la defensa de la salud, para paliar el impacto de las drogas, de la indefensión de niños y jóvenes, etc.

Por este rasgo diferencial de estar, los grupos, íntegra o principalmente constituidos por mujeres, pareciera que se está ante una sola, misma y nueva noción de organización en la sociedad civil chilena. Aparentemente.

Sin embargo, una mirada sociológica más perspicaz, descubrirá, evidenciará, entre unos grupos y otros, sutiles variaciones; pequeños giros, tanto en la forma de estructurarse y proceder, como en los contenidos, principios y objetivos que cada uno de ellos se otorga.

En los unos, de repente, una pequeña variación/mutación en la formalidad del procedimiento: La estructura parece diluir su jerarquía; el orden vertical de Dirección-a-base se torna difuso; la audiencia inicia y cierra un movimiento circular, horizontal, de sillas dispuestas en redondo: la "directiva" se pierde, se confunde en esa ronda, ahora equivalente, de responsabilidades y tareas. No hay oradoras recurrentes y separadas de las pasivas-escuchas; las iniciativas, las propuestas y las críticas, se hacen, simplemente, base.

Idéntico giro en el lenguaje: los temas de pasillo se tornan temáticas de la asamblea; "lo privado", la mujer misma, se hace punto de la tabla y del debate social. Se realiza una nueva mezcla de política y vida cotidiana. Se ha producido una

desclasificación de los códigos, una inversión de los términos de lo importante. La participación se ha hecho acto social real y concreto.

De las miembros de estos grupos se afirma que son o poseen en grados mensurables la "cualidad" de feministas.

En los otros grupos organizados -el otro polo-, casi todavía mayoritarios y hegemónicos en el ascendiente político, la ruptura de fondo y de forma ha demorado más su entrada. Los códigos reconocidos del hacer política se prenden aún fuertemente en sus procedimientos y en sus temas. Nos encontramos con Directivas y Ejecutivos claros y nítidamente señalados por la disposición de "la mesa" (presidium) versus la audiencia (mujeres de base). Los procesos de movilización, las tácticas, las estrategias, las funciones, se perfilan sin redondas discusiones. Se ha resuelto ya el sistema de las prioridades. La gran dificultad es el cómo hacer, cómo movilizar. El para qué y el desde dónde, no constituyen problemas de mayor envergadura.

Se prioriza la palabra "política", y allí dentro de ella se enfatiza la palabra mujer ya en una línea clara y definida atada a la situación del país, a la familia y a los hijos. Hay un cierto descarte desdeñoso por la ubicación de presencias y temas "demasiado feministas". En estos grupos siempre el término mujer aparecerá calificado por la clase, por lo popular, por las crisis, por el sistema familiar. Es un término no independiente. A la mujer no se la concibe sola^{2/}.

A pesar de estos aspectos polares, ambos estilos de organización convergen, sin duda, en un amplio espectro del compromiso y del acto político. Trabajan unidas en jornadas y acciones; elaboran y apoyan propuestas y experimentan la unidad política de propósitos democráticos. Se movilizan también unidas y en gran número (Caupolicán de las mujeres, protestas nacionales).

Tal vez por eso mismo, el enfrentamiento ideológico, cuando surge, lo hace cargado de recelos, de estereotipos. La discordancia se hace sólido vértice que abre y separa a lado y lado, movimientos, bloques; filas cerradas. Se percibe una clausura del debate y del entendimiento.

¿Qué origina esta desarmonía? proyectos distintos, inconciliables?, cuestión de métodos, de clases, de interpretación del mundo?

Frente a este quiebre percibo una intriga bastante más profunda que una mera desinteligencia coyuntural. Con más optimismo que claridad instrumental, intentaré ese discurso y análisis.

Ambas, feministas y políticas parecieran estar de acuerdo, coincidir en un propósito: en el reconocimiento de la posibilidad histórico-civilizatoria de la emancipación de la mujer.

En lo que no pareciera haber acuerdo ni pleno, ni absoluto, es en los fines, objetivos, métodos, teoría, praxis y prioridades que asume y asumirá, la emancipación global de

la sociedad. Vale decir, no hay acuerdo en el completo recorrido que asumirá la emancipación social. Me explico.

Toda explicación se realiza desde una situación valórica singularizada. La que está detrás de estas notas - ha sido explicitada en dos trabajos anteriores, a los que me remito^{3/}, que entérminos generales se refieren a la necesidad de un "hacer política" desde las mujeres y a partir de sus propias carencias y alienaciones. Otro modo -el tradicional- sería simplemente la suma y la inserción masificada en una propuesta política anterior al planteo de esas necesidades en el supuesto que serán incorporadas en futuro.

La explicación de esta vifurcación en los dos polos que hemos mencionado, se encuentra en nuestra historia reciente:

Desde las primeras asambleas políticas de mujeres, en donde concurría toda la multiplicidad de grupos y de intenciones políticas de tinte femenino, independientemente de los temas y coyunturas, se perfilaron, constantemente, dos asertos:

1. "No hay feminismo sin democracia", que significaba: la única movilización posible para las mujeres, AHORA, es el apoyo o el acto de la lucha opositora al gobierno autoritario. Los problemas "singulares" de la discriminación de la mujer, son secundarios a esta prioridad. Pueden ser tratados después, ó, "sólo si", no entorpecen dicha prioridad. Esta afirmación fue sostenida por las mujeres "políticas".

2. El segundo aserto, opuesto al anterior, daba vueltas los términos y pasaba a afirmar que "no hay democracia sin feminismo". Descartando las ideas de prioridades o contradicciones primarias o secundarias, afirmaba la naturaleza constitutiva de toda opresión que implica la dominación, discriminación y subordinación de las mujeres en el mundo privado. A la vez, muestra que la "desconsideración" del mundo privado, en un proceso de cambio, ha precipitado -y sacralizado- a las mujeres a una ideología y una práctica conservadora. Todo esto, apoyado en cifras de participación y en historias de adhesión y coherencia de lo "femenino", culturalmente constituido, con el pensamiento más conservador e inmovilista.

Este aserto denota la posibilidad de hablar, de señalar, juntas todas las opresiones en una nueva síntesis no estratificada desde fuera.

Profundicemos por ahora el discurso desarrollado a partir de esta segunda propuesta. Luego retomaremos a la primera, en relación de sentido con la movilización de las mujeres.

Se diría que, en el inicio, la reflexión feminista surge desde la reflexión sobre la democracia -incautada- y desde una re-valorización y rescate de sus contenidos.

A poco andar, la reflexión lleva a percibir una larga, profunda distancia entre los valores postulados democráticos: igualdad, no-discriminación, libertad, solidaridad, de una parte, con lo que es "vivido" y asumido como: realidad con-

creta singular.

A partir de la diferencia entre lo postulado y lo vivido, reconocemos, constatamos, que la experiencia cotidiana concreta de las mujeres es el autoritarismo. Que las mujeres viven -han vivido siempre- de cara al autoritarismo en el interior de la familia, su ámbito reconocido de trabajo y de experiencia. Que lo que allí se estructura e institucionaliza es precisamente, la Autoridad indiscutida del "jefe de familia" - el padre; la discriminación y subordinación de género; la jerarquía y el disciplinamiento de este orden denominado "natural", que más tarde será proyectado a todo el acontecer social.

Esto nos lleva a constatar que hay dos áreas o ámbitos de acción en relación a lo político, tajantemente separados y excluyentes entre sí, en virtud de los géneros sexuales.

Esta división, "natural" y definitiva, no es originada por el régimen autoritario que cegó la democracia. Por el contrario, es anterior a ella, con rango de civilización.

Estos ámbitos son lo público, con su dominio de lo político y su posibilidad de acceder al planteo y la búsqueda de la libertad, y, lo privado; sólidamente asentado en lo doméstico y lo necesario^{4/}.

El "hacer" de las mujeres, como grupo o categoría cultural se instala en lo privado. En lo "privado de...", en la marginalidad política.

Desde los partidos políticos, de mayor o menor progresismo, de esbozado o acabado proyecto de cambio social, el hacer político de las mujeres es siempre visto como el problema de los obstáculos a la incorporación; o del apoyo a modelos tácticos o estratégicos. Para la tendencia feminista, el planteo se refiere conflictivamente a establecer el sentido y significado del hacer política, como ya mencionábamos, desde una identidad negada, no constituida^{5/}.

No es del caso abundar más en este punto. Por ahora, sólo señalar que al plantear lo privado como susceptible de ser "visto políticamente" -en tanto problema del hacer social- se produce, simultáneamente, dos fenómenos:

a) percepción de lo estrecho de la actual dimensión política-pública en uso y de lo estrecho de la concepción de quiénes son sujetos y actores políticos "virtuales" -si enfocamos el tema desde una pretensión de recuperación democrática-, y

b) un fenómeno de ampliación y de complejización del campo de lo político:

1. Por una parte, se incorpora a lo político el ámbito de la "necesidad"; y por otra parte, se incorpora a las mujeres como "nuevas sujetas" o "actoras" de la política, en tanto objeto sobre el que recaía el mundo de la necesidad^{6/}.
2. Incorporación de nuevos temas, formas de aproximarse a la problemática social, política y económica. Por citar algunos:

- Planteo sobre la Producción y la Reproducción humana, incluyendo la reproducción doméstica.
- Las formas vigentes y el sentido de la participación social y la exclusión.
- La incorporación de demandas no-tradicionales a los modelos políticos.
- La "invisibilidad" -sus causas y consecuencias- de ciertos conflictos: violencia sexual y doméstica; prostitución; abusos en la planificación familiar, etc. Desde una perspectiva feminista, estos problemas-conflictos son considerados como verdaderas violaciones a los Derechos humanos de las mujeres.
- Planteo de la mujer como sujeto político de derechos individuales versus el "conservantismo" inducido cultural y políticamente; visto este último rasgo como el efecto inevitable de un modo de hacer política de tinte autoritario, patriarcal e histórico. Búsqueda de las posibilidades y condiciones de revertirlo mediante un cambio cultural.

Ahora bien, enfrentar estos dos fenómenos -ampliación y complejización del campo político-, acarrea no menudos problemas al hacer feminista. Señalaré dos de los más intrincados nudos, o problemas, recurrentes y difíciles de abordar y solucionar para el feminismo, asumido éste como el hacer política desde las mujeres. La selección arbitraria de estas dos categorías de problemas, entre tantos otros, obedece a su mayor capacidad potencial, asignada, de otorgar sentido a las orientaciones y prácticas políticas de los grupos de mujeres.

El nudo del saber seguido del nudo del poder^{7/}.

En el trabajo que citamos más arriba intentamos definir los problemas feministas o "nudos" enfatizando sus características de potencialidad, de desarrollo, crecimiento y proyección. Decíamos:

"La palabra nudo también me sugiere tronco, planta, crecimiento, proyección a círculos concéntricos, desarrollo -tal vez ni suave ni armónico pero envolvente de una "intromisión" o de un "curso indebido" -no lo llamaré escollo- que obliga a la totalidad a una nueva geometría; a un despliegue de las vueltas en dirección distinta, mudable, cambiable, pero esencialmente dinámica. Las formas que entornan y definen a un "nudo" son distintas, diferentes, no congruentes con otros nudos. Pero todos ellos tienden a adecuar, dentro de su ámbito, un despliegue propio de movimiento; de modo tal que se unirán mutuamente en algún punto y distancia imprevisible desde el nudo mismo, para formar una nueva y sola continuidad de vida. A través de los nudos feministas vamos conformando la política feminista".

Los "nudos" son, entonces, parte de un movimiento vivo; por esa exigencia de revolución transformadora e insoslayable -si no se recurre a la destrucción- que indudablemente también poseen.

El nudo del conocimiento es harto viejo y debatido, sobre todo cuando se le contrapone al privilegio de la riqueza, a la inocencia de la pobreza social, o, a la urgente responsabilidad de "actuar y no más interpretar".

Hemos elegido mirar el nudo del conocimiento con la perspectiva de Foucault. El afirma que hablar del conocimiento desde la marginalidad es hablar simultáneamente de una voluntad de saber; de un querer-saber. A este querer-saber, lo contrapone a la violencia de las ideas admitidas, del "partido tomado" que se apropia de la verdad y que desplaza a su contrario al "error", dejándolo allí instalado. ("violencia idealista", la llamó Sartre).

Hay entonces, una necesidad de elaborar, o recuperar el saber para sí, desde el feminismo. El querer-saber surge cuando se constata la no-correspondencias entre los "valores" postulados por el sistema y las experiencias concretas reales humanas. Para las mujeres, como decíamos, los valores de Igualdad, fraternidad, democracia, son "vistos" como "desigualdad", "opresión" y "discriminación". El querer saber se parece a la rebeldía. Obviamente, esto no lo sabemos de inmediato. Hay un largo, dificultoso camino antes de reconocerlo en la propia conciencia. Fundamentalmente porque el saber oficial transmitido adopta siempre una apariencia "buena", "positiva"; pero en la realidad de las cosas, este saber funciona de acuerdo a todo un juego de represión y exclusión: exclusión de aquellos que no tienen derecho a saber. Y cuando éstos últimos desde el mundo privado, desde el trabajo, desde la necesidad, acceden al saber, lo hacen por la vía del conformismo. Por un puro "conformismo político", se acepta saber sólo un determinado número de cosas y no otras. Por ejemplo, quiénes de nosotras no hemos dicho u oído: -"a nosotras no nos interesa el poder"?

Neto conformismo político.

No "se acepta" como "verdadero" que las mujeres luchen por el poder. "Es un error" -se nos dice en todos los tonos- y claro que lo es: en el sentido del saber de "partido-tomado".

Como primera consecuencia de este "saber" no recuperado respecto del poder, es que las mujeres aceptamos, primero, no luchar nunca por el poder; despreciarlo. Segundo, organizar, plantear y producir las luchas por algo: maternidad en versión de la salud, de los hijos; trabajo "para los compañeros", etc.; NO como una lucha para adquirir, re-integrar-nos, las condiciones reales del ejercicio de esos derechos.

Se ha producido, con respecto de las mujeres, como con respecto de las categorías marginadas, una "expropiación del saber". Y tal vez por eso, o en ocasiones, el saber recreado por las mujeres presenta aires de "bricolage": se toma conceptos de otros saberes y contextos atribuyéndoles un sentido diferente. La re-apropiación -irreverente quizá- no tiene tal vez más sentido que cambiar unas mismas "notas" en una nueva disposición, una otra "clave" que resuena mejor en la nueva armonía. No se trata aquí de una otra verdad instalada.

Sin embargo, son fuertes y cargados los conflictos que esta situación de "marginal" al saber produce entre las feministas:

No existe un modelo alternativo y eternamente válido para cuestionar el paradigma del saber patriarcal con que se nos ha vestido y engalanado.

Todo lo que hacemos y emprendemos con "nuestro" paradigma en perpetua revisión, tiene sin embargo efectos mediatos e inmediatos en muchas otras mujeres. (Incorporemos aquí la idea de responsabilidad política).

Una parte considerable de este saber re-apropiado -con las dificultades inherentes a iniciativas de conocer que deben abrirse espacios, ensanchar conceptos- se ha expresado en muchas investigaciones feministas. Esta investigación ha descubierto, sabe, de abusos flagrantes en la condición de la mujer. Sin embargo, rara vez, y dificultosamente, estos abusos constituyen la base de demandas concretas del movimiento. Tal vez se las considere "poco políticas": como la carga esclava del trabajo doméstico; la sobre explotación de trabajos "informales"; la prostitución de adultas e infantiles; el aborto en sus sinistras secuelas derivadas del clandestinaje; las "incapacidades" civiles y ciudadanas; la violencia doméstica. O, "dependientes" y "no importantes": como toda problemática que excede el ámbito económico o político público.

El hacer feminista muchas veces se "separa" de lo que su saber descubre y descifra. En todo caso, conviene recordar la extrema ligazón entre ambos.

El Poder

Qué significados recorren este nudo del poder? ¿Cómo se relaciona con el hacer de las mujeres, con el saber, con su política?

Tal vez lo más significativo del tema del poder dentro del feminismo sea precisamente su ausencia.

En el problema del Poder y en su práctica, las mujeres somos las grandes ausentes. El discurso del Poder sólo es válido en la esfera Patriarcal y se expresa con una rápida derivación de "poder público -poder político- poder del Estado"; y, en su dimensión social, "poder de grupos, de clases, de sectores". Son los caminos permitidos. Para la esfera privada (las mujeres) se habla de "el otro" poder, el poder de la casa, del afecto. "Son los más importantes" - se nos asegura. Y allí estamos: Con serias dificultades para asimilarlo cuando nos precipitamos en la esfera pública. Si algo anda mal entre nosotras, "alguien se está tomando el poder". Lo tachamos de malo, le asignamos una esencia ética y no queremos volver a hablar del asunto.

Pero, qué es el poder? ¿cómo romper los cerrojos y avanzar de este nudo?

En primer lugar, el poder no es; El poder se ejerce. Y se ejerce en actos, en verbo. No es una esencia. Nadie puede tomar el poder y guardarlo en una cajita fuerte. Conservar el poder, no es tenerlo a cubierto, ni preservarlo de elementos extraños. Es ejercerlo continuamente: actos repetidos o simultáneos de hacer y de "hacer que otros hagan"; o piensen. "Tomarse el poder" es tomarse la acción -la idea y el acto-. El acto frecuentemente afincado en fuerza y violencia. Tal vez de ahí nuestro rechazo y distancia.

Como resultado de años y años de cultura patriarcal, en

la mujer se ha obstruido totalmente el "deseo" de poder (recordemos: querer saber; querer hacer). No lo desea para sí, se auto excluye de la posibilidad de tomarlo; no discute siquiera. Lo considera algo que está "fuera" (fuera de qué, o, de cuál adentro?).

El camino que vislumbraron los estudiantes del Mayo Francés para cuestionar en grande al poder, y que haremos nuestro, fué, primero, el "des-sometimiento" de la propia voluntad. Consiste en deslegitimar aquello que nos está "privando"; privación que se nos impone desde una situación de privilegio. Esta situación de privilegio es, para nosotras, el patriarcalismo. En segundo lugar, se trataría de liberar al propio sujeto, mediante un "ataque cultural": Ataque que consistiría en la supresión y la negación de los tabúes y las limitaciones sexuales, las separaciones y enca-sillamientos arbitrarios, para devolver la práctica sexual al ámbito de la libertad de opción. Finalmente: poner en vigencia prácticas comunitarias de ruptura de la individualidad normativa. Buen ejemplo de ello es la proliferación de los "grupos de mujeres" que acometen múltiples tareas con el sentido, común, de ruptura de la atomización y la "privatización" de las relaciones personales y familiares.

Para terminar este punto, recordemos que no se puede hablar del Poder sin mencionar a su contraparte necesaria: la responsabilidad política.

Un proyecto puesto en el mundo, -un hacer- desde que se hace carne, ya no nos pertenece; seguirá dinámicas propias.

Esto produce ciertos efectos. Por una parte, el hacer ya hecho acto, adquiere vida propia, se independiza. Por la otra, desde que lo lanzamos, somos responsables por él. Cualidad inescapable del hacer política.

(Aquí se plantea el hacer como poder compartido: Saber, y aceptar que sabemos, que éste no puede ser ejercido si no lo es con la responsabilidad plena del sujeto que sabe que siempre se le pasará la cuenta por su acción).

Pero se está poco habituada al poder si se es mujer. No se tiene hábitos, si no se tiene práctica. Si por práctica entendemos el ejercicio de un arte o facultad, habría que mirar al poder como el ejercicio del arte de hacer.

Nudo feminista político

Nudo que surge del hecho de que todo lugar, casa, organización o "grupo" de mujeres, aunque no se lo haya expresado o manifestado previamente, es en sí, casi objetivamente, un espacio político de las mujeres. Tanto en la acepción más amplia de la palabra, como en el reino de lo que es "sentido común". Esto es explícita o implícitamente aceptado más allá del ámbito de las militantes feministas: me refiero en particular a las mujeres que provienen de organizaciones políticas partidarias y que no siempre, ni necesariamente, adhieren a los planteos de la emancipación de la mujer; pero que sin embargo -digámoslo brevemente- han previsto en "la mujer" un campo a ser desarrollado o incorporado de las más diversas formas al quehacer político.

Esta cualidad de espacio político atribuido a los grupos de mujeres, ha sido captada por las mujeres "de partido" aún antes de que las mismas feministas lo hiciéramos activamente. Acostumbradas al escaso interés que les ha despertado asistir a los trabajos grupales, a los talleres feministas, tendemos a atribuir su presencia generalizada en los encuentros de mujeres a motivaciones subterráneas de manipulación y control partidario.

La percepción de "espacio político" de una parte, y la suspicacia de verse amenazadas, por la otra, constituyen inmediatamente a "ese espacio" en un espacio disputado, peleado, airecillo de "botín de vencedoras". Desde las "políticas" hay una cierta impresión de que ese espacio está "lleno de mujeres", pero "vacío políticamente". Es natural y fácil, entonces, que sea mirado con la codicia de una cancha por rayar y de estrategias por constituir y administrar según las reglas de los juegos que se prefiera.

Como no se trata en este momento de dar a los nudos una solución de "partido tomado" -ni siquiera del nuestro-, trataremos de no caer en la tentación de adjudicarle brutalmente al discurso de las interlocutoras políticas, significaciones "inmediatas", "objetivas", que pudiesen parecer "condenatorias".

Busquemos mejor saber las posibilidades de desarrollo que están inscritas en esas conductas presentes.

Para este problema parece oportuna una pequeña premisa sartréana: "Cualquier conducta puede hacer converger dos mira-

das, la mía y la del prójimo/próxima; la conducta, precisamente, no presentará la misma estructura en un caso y en el otro".

Consideremos entonces que habrá respecto de las "políticas", "dos conductas" -a lo menos- desde las que puede desplazarse el análisis. La suya y la nuestra.

El nudo, mirando a la conducta de nuestro sujeto "mujeres políticas en los grupos de mujeres de la oposición" comienza por el hecho de que, desde las ideologías de izquierdas, la única teoría que se acerca a, o permite enfocar a la mujer en un tono político progresista, es la teoría del proletariado. Se trata, eso sí, del término mujer adjetivado por lo "popular", que, paradójicamente, niega a las mujeres proletarias en su presente cotidiano de género en virtud de su futuro como "clase".

Habría entonces y desde esta perspectiva, una postergación, por no usar aquello de descalificación teórica y práctica, del 'tema-mujer' y de la 'organización-mujer' que permite, y que abre el camino para considerar, "mirar", a las concentraciones de mujeres, sean públicas o privadas, grandes o pequeñas, a la vez como vacío teórico y como espacio/terreno apto para implantar la semilla política.

Esta forma de expresión de la participación militante no feminista en los espacios feministas plantea a éstas últimas el dilema: ¿se está frente a una pura intromisión indebida o frente a un expresado intento de diálogo? Y, ¿es posible este último si las "miradas" ya están constituidas previamente?

El nudo pareciera inconciliable.

Las reacciones feministas inmediatas no demoran; se bifurcan:

una) Defender lo propio. Cerrar, cerrarse en encuentros reducidos, exclusivos feministas, donde pueda avanzar la elaboración de una política, de unas estrategias y de unas tácticas.

(otra) No caer en el grupo cerrado y getto: amplitud de la convocatoria y la llegada de muchas mujeres que conjuguen los verbos dialogar, polemizar, participar... Correr los riesgos de toda amplitud ("acaso no era yo una de "ellas"?").

El debate en este punto puede complicarse aún más, o ser fructífero. Pero quisiera referirme a otro sentido que se vislumbra detrás del nudo feministas-políticas. Persisto en creer que detrás de todo ésto (llámase manipulaciones, intromisión, etc.), hay un enigma sólidamente estructurado; muy difícil de desagregar.

Siempre me he sentido muy impresionada por las "mujeres políticas" que exhiben en su modo de ser cultural e ideológico una marcada satisfacción por los "resultados" que les es posible obtener al aplicar rigurosamente su "metodología" de análisis y su "teoría" explicativa de globalidad.

(Tampoco creo para nada que lo "radicalmente" riguroso sea la alternativa exclusiva de una postura crítica feminista;

preferible me parece el camino alegre de la constante "puesta a prueba", un ir y venir de la "interpretación" a los "conflictos", o a las facetas de los conflictos o de los nudos).

La pregunta repetida y recurrente en este tópico ha sido: ¿por qué acuden las "políticas" a los encuentros feministas? La primera respuesta, antes y ahora, surge de lo obvio: "para llevar su mensaje". Descontada la atribución de tácticas para el "uso" y la "dilación", miremos lo obvio que está detrás de lo obvio:

Las políticas van a los Encuentros feministas pero no quieren aceptar que van.

Se instalarán en ese espacio para cuestionarlo todo desde la política global; replantearán todos los temas rechazando compromisos viscerales "qua" mujeres. En verdad, no quieren romper el instante en que se sienten -son- pura conciencia de clase...

Pero he ahí que han desplazado sus cuerpos; están en los talleres, metidas con mujeres, y con temas de mujeres; están en los conversatorios. Viven, conviven con sus semejantes; no se marginan.

Sí, simultáneamente a estar ahí querrán arrastrar a las otras a las solas disquisiciones sobre lo popular, la clase, la lucha, la innombrable burguesía grande y la pequeña, la atroz. Se habrá conjurado la reactivación en político de lo privado. Se habrá abierto el camino de la culpa, una dimensión

política para el feminismo se creará clausurada.

Entre tanto "las políticas" habrán cumplido a cabalidad el divorcio entre su condición de género femenino -su cuerpo ahí- y su discurso racional y sancionado. El orden se ha reinstaurado.

Detengámonos en la parte de acá de este divorcio: La presencia de las mujeres políticas, que es un hecho, un acontecimiento; pero un acontecimiento que no será admitido: jamás se consentirá en que se está allí.

El acto de no asumir dos aspectos que existen en una sola presencia humana, -1) los hechos: el cuerpo físico puesto en los grupos y sus vicisitudes por una parte; 2) la "idea", el discurso y la voluntad asimilada a la idea, por la otra- es lo que Sartre definió como "la mala fé".

La mala fé es básicamente negar una evidencia que se está viviendo sin "experimentarla ni aceptarla como tal", y simultáneamente, auto engañarse, refugiarse, en reemplazo, en una "contrucción idealista" que protege y que ampara de la presencia del cuerpo desmesurado.

Y así sucede que se está...pero que no se está. La mala fé no engaña a los demás; es distinta de la mentira. La mala fé es tal porque sólo se engaña a sí misma. La mala fé se hace evidente, se hace manifiesta, en la "presencia" divorciada del discurso. La mala fé lleva inscrito en la frente: "Queremos estar ahí como mujeres pero no lo reconocemos".

Se está ahí en una presencia inerte.

¿Hasta cuándo? ¿Cuándo es que la conciencia sorte el engaño de sí misma? Cuando logra juntar sus vivencias con la imagen querida y admitida del mundo y con el cuestionamiento de su lugar en el mundo?

Habría que dejar una pregunta abierta.

Ni el mundo del poder; ni del saber; ni del feminismo con la política, se agota en los breves punteos que hemos intentado.

Solamente hemos querido ir un poco más allá de la "maniobra", o del "funcionalismo" de determinadas concepciones y acciones. Más bien nos inscribimos en la ruta de reflexión que postula que las posiciones ideológicas diversas y las soluciones dadas al "problema de la mujer y la política", significan que se han definido de diferente manera el conflicto que plantea la subordinación de géneros, y que, consecuentemente, se ha dado diversas soluciones.

Una base positiva de análisis y comparación podría encontrarse precisamente en los mecanismos que los dos grupos o "polos" han elaborado socialmente para plantear sus problemas y sus soluciones.

Esto evitaría la supervivencia de una situación típica "guerra fría", o guerra de nervios, en que cada "polo" pareciera ejecutar actos o difundir noticias alarmantes para el adversario, obligándole a estar siempre atento, siempre presente; pensando en la inminencia de la verdadera guerra o enfrentamiento aniquilador.

NOTAS

- 1/ Uso la denominación "políticas" en el estricto sentido en que esta categoría de mujeres se refiere a sí misma; sin que ello involucre un pronunciamiento o una adhesión a la justicia del término.
- 2/ Simone de Beauvoir destaca, en el Segundo Sexo, los efectos de las ideas de "alteridad" y "dependencia" ligadas al ser mujer, y que fueran consagradas por la filosofía tradicionalista.
- 3/ a) J.K.: "La política del feminismo" en Revista Internacional de Ciencias Sociales: "La mujer en las esferas de poder", volumen XXXV N° 4, Unesco, París, 1983.
b) J.K. "El feminismo como negación del autoritarismo" en Nueva Sociedad N°71, marzo/abril 1984, Caracas, Venezuela.
- 4/ Ver Hannah Arendt: "La condición humana, Seix Barral, Barcelona, 1974.
- 5/ "El feminismo como negación...", op.cit.
- 6/ Sobre el concepto de "necesidad" ver Agnes Heller "Teoría de las necesidades en Marx" y "Sociología de la vida cotidiana", Ed. Península, Barcelona, 1977.
- 7/ Las ideas básicas de esta sección ya fueron explicitadas en el artículo: "Los nudos de la sabiduría feminista" (J.K.) de próxima aparición en el Libro "II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe", editado por ISIS Internacional, Roma, Italia, 1984.

Señor
Daniel Camacho
Secretario General
Apartado 5429
San José, Costa Rica
Teléfono 242991
Telex 2846
FLACSO CR

Señor
Jose Luis Reyna
Director
Sede Académica de México
Apartado 20-021 México 20 DF
Teléfono 5686321-6453
Telex 1772150
FLACME

Señor
Jaime Durán
Director Sede Académica de Quito
Casilla 6362 CCI
Quito-Ecuador
Teléfono 452180-2155
Telex 2114

Señor
Gustavo Cosse
Director A.I.
Programa de Buenos Aires
Casilla 145 sucursal 26
1426 Buenos Aires, Argentina
Teléfono 7710978
Telex 18937
FLACSAR

Señor
José Joaquín Brunner
Director Programa de Santiago-Chile
Casilla 3213-Correo Central Santiago-Chile
Teléfono 2257357-6955-9938
Telex 001 ITT BOOTH CZ
FLACSO